**La Iglesia del Evangelio Completo **

En el **Kyrie**, pedimos misericordia a cada una de las tres divinas Personas de la Trinidad: «Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad». No nos excusamos ni racionalizamos. Pedimos perdón y oímos el mensaje de clemencia. **Si una palabra encierra el significado de la Misa, es «misericordia».** El Antiguo Testamento enseña una y otra vez que la misericordia es uno de los grandes atributos de Dios (cf. Ex 34, 6; Jon 4, 2).

Pedimos por la paz y en unos segundos proclamamos el cumplimiento de nuestro ruego: «**Gloria** a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor». El Gloria grita con la alegría, la confianza y la esperanza que siempre ha caracterizado a los creyentes. Nuestro sacrificio es una súplica urgente de liberación, pero al mismo tiempo es una celebración y agradecimiento por esa liberación. **Ésa es la fe de todo el que conoce el cuidado providencial de Dios.** Eso es el Gloria.

El momento culminante de la **Liturgia de la Palabra** es, por supuesto, la **proclamación de la Palabra de Dios.** Los católicos que asisten a Misa a diario oyen casi toda la Biblia, leída para ellos en el curso de dos años. De hecho, el «hábitat natural» de la Biblia está en la liturgia. «**La fe viene por la escucha**», decía San Pablo (Rom 10, 17). Date cuenta de que no dice «la fe viene por la lectura».

Los domingos son tres lecturas, lo cual tiene sus ventajas, acompañadas de algún inconveniente. Ventaja es que a lo largo de tres ciclos se lean los evangelios casi íntegros, buena parte de las epístolas y una cantidad notable de Antiguo Testamento. Ventaja es que se vea la conexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Inconveniente puede ser el que la segunda lectura no encaja fácilmente en el tema, que las lecturas se han de recortar para no alargarse, que no se pueden comentar las tres…

Una sola mesa para el banquete, dos panes o un solo pan en dos formas: el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía. No debemos concebir la celebración eucarística como yuxtaposición de piezas, porque es una unidad:

*«Las dos partes de que consta la misa, la liturgia de la palabra y la eucarística, están tan estrechamente unidas que constituyen un solo acto de culto.»*

El Concilio Vaticano II formuló en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia:

*«Para ofrecer a los fieles una mesa más abundante en Palabra de Dios, ábranse con más generosidad los tesoros de la Biblia, de modo que en un determinado espacio de años se lea al pueblo la parte principal de la Sagrada Escritura.»*

*«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (Dei Verbum, 21).*

Durante las lecturas, nuestra atención nunca podrá ser excesiva. Son la preparación normal y esencial para nuestra Sagrada Comunión con Jesús, decía Orígenes (siglo III):

*«Tú, que estás acostumbrado a tomar parte en los divinos misterios, sabes, cuando recibes el Cuerpo del Señor, cómo protegerlo con todo cuidado y veneración, para que ni una pequeña partícula se caiga, para que no se pierda nada del don consagrado. Pues sabes, correctamente, que eres responsable si se cae algo por negligencia. Pero si eres tan cuidadoso para conservar su Cuerpo, y con toda razón, ¿cómo piensas que es menos culpable haber descuidado la Palabra de Dios que haber descuidado su Cuerpo?». «Nadie, entiende con el corazón [...] a menos que tenga la mente abierta y totalmente concentrada».*

Sí, esas palabras son palabras de Dios... aunque estén compuestos por hombres y pronunciadas por hombres, si llevan dentro el aliento de Dios, pueden vivificar al hombre.

Hecho hombre, sigue siendo todo Él palabra: cuando habla y cuando calla, cuando hace milagros y cuando sufre sin hacerlos. Palabra que siempre nos habla, porque todo Él es palabra que «al principio se dirigía a Dios» (Jn 1, 1) y luego se hace hombre de carne débil, como la nuestra, y acampa entre nosotros. El pan cotidiano es una ración para vivir un día más, para ir tirando un poco más.

Pero si ese pan es la Palabra de vida, si es la forma en que se nos da realmente el Hijo de Dios glorificado, entonces de pan vive el hombre. Porque establece y desarrolla dentro de nosotros una vida que no termina, si el hombre no la destruye; una vida que pasará más allá del río de la muerte. De Cristo glorificado hecho pan, de la Palabra hecha pan, sí que vive el hombre.

*«En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por su Hijo» (Hb 1, 1-2).*

Como esa Palabra resume y condensa todas las palabras de la Escritura, éstas desarrollan y articulan, refractan en muchos colores, quiebran en muchas facetas la Palabra única y definitiva. Y esa Palabra, que un día tomó forma humana, ya glorificada, se encierra en el pan eucarístico. En forma de alimento nos comunica vida suya.

Todo el intento de la Liturgia de la Palabra es aclararnos el misterio de Cristo: lo que es para nosotros, lo que nos ofrece, lo que exige. De ese modo, las palabras de la liturgia eucarística son realmente «palabras de vida» y pertenecen a la celebración eucarística como parte integrante.

*«La Escritura es una realidad litúrgica y profética; una proclamación, más que un libro; el testimonio del Espíritu Santo sobre el acontecimiento de Cristo, cuyo momento privilegiado es la liturgia eucarística. Por ese testimonio del Espíritu la economía entera de la palabra revela al Padre».*

La liturgia de la Palabra prosigue, los domingos, con la **homilía** (o sermón). En la homilía, el sacerdote o el diácono nos ofrecen un comentario sobre la palabra inspirada de Dios. La homilía debería salir de las Escrituras del día, iluminando los pasajes oscuros y señalando aplicaciones prácticas para la vida ordinaria. La homilía no tiene por qué entretenernos. Igual que Jesús viene a nosotros en humildad, oblea insípida, así el Espíritu Santo obra a veces a través de un predicador aburrido.

Que cuando se lean los textos bíblicos, el Espíritu que habita en nosotros nos ponga en pie para escuchar y sintonice nuestros corazones con las palabras de la Escritura. Que la palabra inspirada pueda resonar dentro de nosotros inspirándonos; que nos llene el viento del Espíritu.

**Práctica semanal**: Meditaré la Palabra del Señor antes de asistir a mi Eucaristía.